

que el sol de mediodía parecía allí un destello de la luna; lo demás, todo era densa bruma, miasmas, opacidad, negrura. Juan Valjean tenía hambre y sed; sed sobre todo; y aquel era un sitio que, como el mar, está lleno de agua, donde no es posible beber. Sus fuerzas, que eran prodigiosas, como es sabido, y muy poco disminuidas por la edad, gracias á su vida casta y sobria, empezaban sin embargo á desfallecer. El cansancio le iba rindiendo, y la debilitación de sus fuerzas hacía crecer el peso de la carga que sobre sí llevaba. Marius, muerto tal vez, pesaba como pesan los cuerpos inertes. Juan Valjean le sostenía de manera que el pecho quedase libre y desembarazado y que la respiración pudiera pasar siempre lo mejor que fuese posible. Á veces sentía entre sus piernas deslizarse rápidamente las ratas. Una de ellas pasó tan azorada, que casi estuvo á punto de morderle. Por instantes le venía del respiradero de las bocas de la alcantarilla un soplo de aire fresco que le reanimaba.

Serían como las tres de la tarde cuando llegó á la alcantarilla del recinto.

Desde luego extrañó mucho aquel grande y súbito ensanche. Hallóse bruscamente en una galería cuyas dos paredes laterales no alcanzaban sus manos extendidas, y bajo una bóveda á la cual no llegaba su cabeza. Con efecto, la Grande-Alcantarilla mide ocho piés de ancho por siete de alto.

En el punto en que la alcantarilla Montmartre se reúne con la Grande-Alcantarilla, otras dos galerías subterráneas, la de la calle de Provence y la del Abattoir (Mataadero), vienen allí á formar encrucijada. Entre estas cuatro vías, una persona ménos sagaz se habría hallado indecisa. Juan Valjean eligió la más ancha, es decir, la alcantarilla del recinto. Pero aquí surgía esta otra cuestión: ¿descender, ó subir? Pensó que la situación apremiaba, y

que era menester, á todo trance, llegar ahora ya por fin al Sena. En otros términos, era menester descender. Giró, pues, hácia la izquierda.

Y á fe que hizo perfectamente. Pues sería un error el creer que la alcantarilla del recinto tiene dos salidas; una hácia Bercy, y la otra hácia Passy, y que, según lo indica su nombre, es el recinto ó la cintura subterránea del París de la orilla derecha. La Grande-Alcantarilla, que, según conviene recordar aquí, no es otra cosa que el antiguo arroyo de Ménilmontant, va á parar, si se la sigue ascendiendo, á una galería sin salida, es decir, á su antiguo punto de partida, que fué donde tuvo nacimiento, junto al cerro de Ménilmontant. No tiene comunicación directa con el ramal que reúne las aguas de París á partir del barrio de Popincourt, y que desemboca en el Sena por la alcantarilla Amelot más allá de la antigua isla Louviers. Este ramal, que completa la alcantarilla colectora, se halla separado de ella, bajo la misma calle de Ménilmontant, por un espesor que marca el punto de división de las aguas hácia arriba y hácia abajo. Si Juan Valjean hubiera ascendido la galería, habría llegado, después de mil esfuerzos, rendido de cansancio, espirando, en medio de aquellas horribles tinieblas, á una sólida muralla. Era hombre perdido.

En todo rigor, volviendo un poco sobre sus pasos, engolfándose en el corredor de las Filles-du-Calvaire, con la condición de no vacilar en la pata de ganso subterránea de la encrucijada Boucherat, tomando el pasillo de San Luis, después, á la izquierda, la cañería Saint-Gilles, y en seguida, volviendo á la derecha y evitando la galería de San Sebastian, habría podido llegar á la alcantarilla Amelot, y desde allí, con tal que no se extraviase en la especie de F que hay bajo la Bastilla, dirigirse á la salida sobre el Sena que está junto al Arsenal. Mas para

esto habria sido menester conocer á fondo, en todas sus ramificaciones y en todas sus bocas ó aberturas, la enorme madrepora del alcantarillado. Ahora bien, debemos insistir en ello, él nada sabía de esas pavorosas vias subterráneas por las cuales iba caminando con tanto trabajo; y si le hubieran preguntado dónde se hallaba, habria él respondido: en medio de la noche.

Su instinto sin embargo le sirvió admirablemente. Descender era, en efecto, para él, la única salvacion posible.

Déjole á su derecha los dos corredores que se ramifican en forma de garra ó zarpa bajo la calle de Laffitte, y la calle de San Jorge, y el largo pasillo bifurcado de la Chaussée-d'Antin.

Un poco más allá de un afluyente que es probable fuese el ramal de la Magdalena, hizo alto. Estaba muy cansado. Un respiradero bastante ancho, que probablemente era el atabe de la calle de Anjou, daba una luz casi viva. Juan Valjean, con la exquisita suavidad de movimientos que pudiera tener un hermano para con su hermano herido, depositó á Marius sobre la banqueta ó anden de la alcantarilla. El rostro ensangrentado de Marius apareció bajo la débil claridad del respiradero como en el fondo de una tumba. Tenía los ojos cerrados; el pelo pegado á las sienes se asemejaba á unos pinceles secados y empapados en color rojo, las manos colgando y como muertas, los miembros frios, y en las extremidades de los labios tenía mucha sangre coagulada. En el lazo de la corbata se habia formado un cuajaron de sangre, la camisa penetraba en las heridas, el paño del frac rozaba la carne viva en las cuchilladas abiertas. Juan Valjean, separando la ropa con las puntas de los dedos, le aplicó la mano sobre el pecho, y notó que el corazón latía aún. Juan Valjean rasgó su propia camisa, vendó las heridas como mejor pudo, y detuvo la sangre que aún corría; despues, inclinándose en

medio de aquella débil claridad, sobre Marius, quien continuaba siempre sin conocimiento, y casi sin aliento, le miró atento, con un odio inexplicable.

Al remover la ropa que llevaba puesta Marius, habia encontrado dos cosas en sus bolsillos, el pan que tenía allí olvidado desde la vispera, y la cartera de Marius. Comióse el pan, y abrió la cartera. En la primera página, halló las cuatro líneas que, segun recordará el lector, habia escrito Marius, á saber:

« Me llamo Marius Pontmercy. Que lleven mi cadáver » á casa de mi abuelo, el señor Gillerormand, calle de » las Filles-du-Calvaire, n.º 6, en el Marais. »

Juan Valjean leyó, á la claridad del respiradero, estas cuatro líneas, y permaneció un momento como absorto en sí mismo, repitiendo á média voz: calle de las Filles-du-Calvaire, n.º 6, el señor Gillenormand; y volvió á colocar la cartera en el bolsillo de Marius. Como habia comido ya algo, recobró las fuerzas. Echóse de nuevo el herido á cuestas, le apoyó cuidadosamente la cabeza sobre su hombro derecho, y emprendió el descenso de la galería.

La Grande-Alcantarilla, dirigida segun el thalweg del valle de Ménilmontant, mide cerca de tres leguas de longitud, y está enlosada en una gran parte de su extension.

Juan Valjean carecia de esta antorcha con la cual hemos alumbrado nosotros al lector durante su marcha subterránea, á saber: los nombres de las calles de Paris. Nada le revelaba á él cuál era la zona de la ciudad que iba atravesando, ni cuál el trayecto que acababa de hacer. Sólo que la creciente palidez de los claros de luz que se encontraban de vez en cuando le indicaba que el sol se iba ya retirando del suelo y que el día no tardaria en declinar; y habiéndose hecho, de continuo que era, intermitente el ruido de los carruajes sobre su cabeza, el cual acabó al fin por cesar casi enteramente, concluyó de aquí que ya

no se hallaba bajo el París central y que se aproximaba á alguna región solitaria, cercana de los boulevards exteriores ó de los muelles extremos del Sena. Allí donde hay ménos calles y ménos casas, las alcantarillas tienen también ménos respiraderos. La oscuridad iba siendo cada vez más densa en derredor de Juan Valjean. Mas no por eso dejó él de continuar avanzando, á tientas, en medio de aquella sombra espesa.

La sombra apareció bruscamente terrible.

V

PARA LA ARENA COMO PARA LA MUJER, HAY UNA FINURA
QUE ES PERFDIA

Notó que entraba en el agua, y que lo que tenía bajo sus piés, no era ya embaldosado, sino fango.

Á veces sucede, en ciertas costas de la Bretaña ó de la Escocia, que un hombre, un viajero ó un pescador, caminando en bajamar por la playa, lejos de la orilla, observa de repente que, desde algunos minutos ántes, va andando con alguna dificultad. Bajo sus pisadas, el suelo de la playa parece formado de pez, á la cual se pega la suela; aquello ya no es arena, es liga. La playa sin embargo está enteramente seca, pero á cada paso que se da, desde el momento en que se ha levantado el pié, la huella que él deja se llena de agua. Por lo demás, la vista no ha notado cambio alguno; la inmensa playa está llana y tranquila, toda la arena presenta el mismo aspecto, nada distingue el suelo que es sólido del suelo que no lo es ya. La alegre nubecilla de los

pulgones de mar continúa saltando tumultuosamente sobre los piés del transeunte. El hombre entre tanto prosigue su camino, marcha hácia adelante, se apoya en la tierra, y procura acercarse á la costa. No está inquieto. ¿Y por qué inquietarse? Sólo que siente algo como si el peso de sus piés aumentara á cada paso queda. De improviso se hunde. Se hunde dos ó tres pulgadas. Indudablemente no va por buen camino, y se detiene para orientarse. De repente, mira á sus piés. Sus piés han desaparecido. La arena los cubre. Saca al fin sus piés de la arena, quiere volverse sobre sus pasos, vuélvese en efecto hácia atrás, pero se hunde más profundamente. La arena le llega al tobillo; arranca los piés de allí y tira hácia la izquierda; la arena le llega á la mitad de las piernas, se inclina hácia la derecha, la arena le llega á las rodillas. Entónces ya reconoce con indecible terror que se halla empeñado y atascado en la playa resbalosa y movediza, y que tiene debajo de sí el medio espantoso en el cual es tan imposible al hombre marchar como al pez nadar. Arroja al suelo su carga si la lleva, aligerándose de peso como el buque que está en peligro; pero ya no es tiempo; la arena le llega por encima de las rodillas.

Llama á gritos, agita el sombrero ó el pañuelo; la arena le va sepultando cada vez más; si la playa está desierta, si la tierra se halla demasiado léjos, si el banco de arena tiene demasiada mala reputacion, si no hay algun héroe en las cercanías, es asunto concluido, está condenado al hundimiento. Está condenado á ese espantoso enterramiento, largo, prolongado, infalible, implacable, imposible de diferir ni de apresurar, que dura horas eternas, que no concluye nunca, que os coge de pié, libre y en plena salud, que os tira de las piernas, que, á cada esfuerzo que intentáis, á cada clamor que lanzáis, os arrastra un poco más abajo, que parece como que os castiga

de vuestra resistencia acrecentando la presion, que hace sumergir lentamente al hombre en la tierra dejándole tiempo para mirar el horizonte, los árboles, la verde campiña, el humo de los hogares en la llanura, las velas de los buques en el mar, las aves que vuelan y que cantan, el sol, el cielo. El hundimiento, es el sepulcro convertido en marea y que asciende del fondo de la tierra hácia un sér viviente. Cada minuto es un sepulturero inexorable. El desdichado procura sentarse, acostarse, arrastrarse; todos los movimientos que hace contribuyen á enterrarle cada vez más; se endereza, y vuelve á sumergirse más profundamente; se está viendo sepultar; brama, implora, grita á las nubes, se tuerce los brazos, se desespera. Vedle ya hundido en la arena hasta el vientre; la arena le llega al pecho; ya no es más que un busto. Levanta las manos, lanza furiosos gemidos, clava sus uñas en el suelo de la playa, quiere asirse de aquella frágil ceniza, se apoya sobre sus codos á fin de sustraerse á aquel blando estuche que le encierra, á aquella vaina traidora que tan obstinadamente ciñe y circunda su cuerpo como la hoja de una espada, ya solloza frenético; la arena sube sin cesar. La arena llega á los hombros, la arena cubre el cuello; ahora ya sólo la cara es visible. La boca grita, la arena la tapa al fin; silencio. Los ojos miran aún, la arena los cierra; noche. En seguida, la frente decrece, un poco de pelo se estremece encima de la arena; una mano sale, ábrese paso al traves de la superficie de la playa, se remueve y se agita, y desaparece. Siniestra desaparicion ó supresion de un hombre.

Á veces sucede que el jinete se hunde con su caballo; á veces el carretero se sumerge con la carreta; todo zozobra y se oscurece bajo aquella playa. Es el naufragio fuera del agua, el naufragio en seco, la tierra ahogando al hombre. Penetrada de Océano, la tierra se convierte en em-

boscada. Se ofrece como una llanura, y se abre como una onda. El abismo suele tener de estas traiciones.

Esta fúnebre aventura, siempre posible en tal ó cual playa del mar, era posible también, treinta años há, en el alcantarillado de París.

Antes de las importantes obras empezadas en 1833, las vías subterráneas de París estaban sujetas á súbitos hundimientos.

El agua se infiltraba en ciertos terrenos subyacentes, muy fáciles de desmenuzarse; el zampeado, ora fuese de losas, como en las antiguas alcantarillas, ó de cal hidráulica sobre argamasa, como en las nuevas galerías, careciendo ya de punto de apoyo, cedía, y se plegaba. Un pliegue ó una arruga en un piso de esta naturaleza, es una hendidura, es el desplomamiento. El zampeado se desplomaba en cierta longitud. Aquella grieta, hiato ó boca de un abismo de cieno, se llamaba en la lengua especial un *fóntis* (sima). ¿Qué cosa es un *fóntis*? Es la arena movediza de las orillas del mar hallada de improviso en un subterráneo; es la playa del monte Saint-Michel transportada á una alcantarilla. El suelo empapado en humedad, se halla como en fusión; todas sus moléculas están en suspensión en un medio blando; aquello no es tierra, ni tampoco es agua. Á veces hay una profundidad muy grande. Nada más temible que un encuentro de esta naturaleza. Si el agua domina, la muerte es pronta, el ser viviente es engullido ó devorado en un instante; si domina la tierra, la muerte es lenta, por medio de hundimiento, como el de la playa.

¡Figúrese el lector qué especie de muerte! Si el hundimiento es espantoso en una playa del mar, ¡qué será en el fondo de una cloaca! En vez del aire libre, de la luz del sol, del claro espectáculo del día, del espléndido horizonte, de esos inmensos y vagos rumores, de esas libres

nubes de donde llueve la vida, de esos barcos que se divisan de lejos, de esa esperanza que se ofrece bajo todas formas, la probabilidad de que pase algún transeunte, la posibilidad del socorro hasta el último momento, en vez de todo esto, la ceguedad, la sordera, una bóveda negra, el interior de una tumba ya construida y preparada, la muerte en el cieno y bajo una cobertera! el ahogamiento lento por la inmundicia, una caja de piedra donde la asfixia abre sus garras entre el fango y os toma por el cuello; la fetidez mezclada con el estertor; el limo en vez de la arena de la playa, el hidrógeno sulfurado en vez del huracán, la basura en vez del Océano! y llamar, y rechinar los dientes, y torcerse y forcejear y bregar y agonizar, con esa ciudad enorme que no sabe nada de lo que está pasando y que está sobre su cabeza.

¡Horror indecible, el morir de esta manera! Á veces la muerte rescata su atrocidad por medio de cierta dignidad terrible. En la hoguera, en el naufragio, puede uno mostrarse grande; entre las llamas como entre la espuma, es posible una actitud noble y arrogante; transfigurarse abismándose. Pero aquí, nada de esto. La muerte es sucia. Es humillante el espirar de esta manera. Las supremas visiones flotantes son abyectas. Cieno es sinónimo de vergüenza. Es una cosa pequeña, fea, ruin, infame. Morir en un tonel de malvasia, como Clarence, pase; pero morir en la fosa de las inmundicias, como d'Escoubleau, es horrible. Removerse allí dentro, es asqueroso; y al mismo tiempo que se agoniza, se chapotea y se patulla. Hay bastantes tinieblas para que aquello sea el infierno, y bastante fango para que no sea otra cosa que un cenagal, y el moribundo ignora si va á convertirse en espectro, ó si va á convertirse en sapo.

En cualquiera otra parte, el sepulcro siempre es siniestro; en este sitio es deforme.

La profundidad de los fónfis variaba, lo mismo que su longitud, y su densidad, en razon de la más ó ménos mala calidad del terreno en que insiste el suelo. Á veces un fónfis tenia tres ó cuatro piés de profundidad, otras veces, ocho ó diez; y habia ocasiones en que no se le hallaba el fondo. El cieno era en unas partes casi sólido, en otras casi líquido. En el fónfis Lonière, un hombre habria empleado un dia entero en desaparecer completamente; miéntras que en cinco minutos le habria devorado el cenagal Phelippeaux. El fango sufre más ó ménos peso y volúmen, segun su mayor ó menor densidad. Un niño se salva donde un hombre se pierde. La primera ley de salvacion es la de despojarse de toda especie de carga. Arrojar su saco de herramientas, su gamella ó su cesto, era por donde empezaba el pocero que sentia ceder el suelo bajo sus piés.

Los fónfis procedian de diversas causas: friabilidad del terreno, ó sea, facilidad de desmenuzarse; algun hundimiento interno que existe á una profundidad fuera del alcance del hombre; los violentos chaparrones del estío; los incesantes aguaceros del invierno; las largas lluvias finas pero constantes. En ciertos casos, el peso de las casas inmediatas sobre un terreno margoso ó arenoso, atraia las bóvedas de las galerias subterráneas y las hacia ladear, ó bien sucedia que el zampeado estallaba y se hendia bajo este empuje aplastador. El aplastamiento del Pantheon obstruyó de esta manera, háce un siglo, una parte de los subterráneos de la montaña de Santa Genoveva. Cuando se hundia una alcantarilla bajo la presion de las casas, el desórden, en ciertas ocasiones, se reconocia arriba, en la calle, por una especie de separacion en forma de dientes de sierra entre los adoquines: esta hendidura se extendia en línea curva que serpeaba en toda la longitud de la bóveda greteada, y entónces,

siendo el mal visible, el remedio podia ser pronto. Tambien solia suceder con frecuencia que el estrago interior no se revelaba por ningun chirlo en el exterior. Y, en este caso, ¡desgraciados poceros! Entrando sin precaucion en una alcantarilla hundida, podian perderse en ella. Los antiguos registros hacen mencion de algunos poceros sepultados de esta manera en los fónfis. Varios son los nombres que se citan; entre otros, el del que se hundió en un desplomamiento bajo la cañería de la calle del Carême-Prenant, un tal Blas Pontrain; este Blas Pontrain era hermano de Nicolas Pontrain, que fué el último sepulturero del cementerio llamado el Carnero de los Inocentes, en 1785, época en que murió este cementerio.

Tambien hubo aquel excelente jóven vizconde d'Escoubleau, de quien acabamos de hablar, que fué uno de los héroes del sitio de Lérida, donde se dió el asalto con medias de seda, y marchando los violines al frente. Sorprendido una noche en casa de su prima la duquesa de Sourdis, d'Escoubleau pereció ahogado en una hondonada de la alcantarilla Bautreillis donde se habia refugiado para ocultarse del duque. La señora de Sourdis, cuando la refirieron esta muerte, pidió su frasco, y se olvidó de llorar á fuerza de respirar sales. En semejante caso, no hay amor que valga; la cloaca lo extingue. Hero se niega á lavar el cadáver de Leandro. Thishé se tapa la nariz en presencia de Pyramo y dice: ¡ Puf

VI

EL FÓNTIS

Juan Valjean se hallaba en presencia de un fóntis.

Este género de hundimiento era entonces frecuente en el suelo subterráneo de los Campos Eliseos, muy difícil de manejar para los trabajos hidráulicos y poco conservador de las construcciones subterráneas, á causa de su excesiva fluidez. Esta fluidez excede en inconsistencia á las mismas arenas del barrio de San Jorge, que no han podido ser domeñadas sino por medio de un empedrado sobre argamasa, y á las capas gredosas infectas de gas del barrio de los Mártires, tan líquidas, que no ha sido posible practicar el tránsito bajo la galería de los Mártires sino mediante un tubo de hierro colado. Cuando en 1836 demolieron bajo el arrabal de Saint-Honoré, para reconstruirla nuevamente, la antigua alcantarilla de piedra en que ahora vemos empeñado á Juan Valjean, la

arena movediza, que constituye el suelo bajo de los Campos Eliseos hasta el Sena, opuso obstáculo, en tales términos, que la operación duró cerca de seis meses, con grandes protestas y gran despecho de los vecinos inmediatos, sobre todo los que habitan en hoteles y tienen carruajes. Las obras fueron más que incómodas; fueron peligrosas. Es verdad que hubo cuatro meses y medio de lluvia y tres crecientes del Sena.

El fóntis que encontraba Juan Valjean tenía por causa el aguacero de la vispera. Un descenso del enlosado, mal sostenido por la arena subyacente, había producido un atascamiento de agua pluvial. Una vez establecida la infiltración, habiase seguido el hundimiento. El zampeado, dislocado enteramente, se había precipitado en el fango. ¿ En qué longitud? Imposible era decirlo. La oscuridad era allí más espesa que en ninguna otra parte. Aquel era un hoyo de cieno en una caverna de noche.

Juan Valjean sintió faltarle el suelo bajo sus piés, y entró de improviso en aquel fango. Era agua en la superficie y limo en el fondo. Y sin embargo, era menester pasar. Volver sobre sus pasos era imposible. Marius estaba espirando, y Juan Valjean extenuado. Además, ¿ adónde ir? Juan Valjean avanzó pues. Por lo demás, la hondonada pareció poco profunda al dar los primeros pasos. Pero, á proporcion que iba avanzado, sus piés se sumergían. Bien pronto le llegó el cieno hasta la mitad de las piernas y el agua más arriba de las rodillas. Iba andando, y al mismo tiempo levantaba con ambos brazos á Marius lo más que le era posible, sobre el nivel del agua. El fango le tocaba á las rodillas y el agua á la cintura. Ya no podía retroceder, y cada vez se iba hundiendo más. Aquel cieno, bastante denso para el peso de un hombre, no podía evidentemente soportar dos. Marius y Juan Valjean habrían tenido más probabilidad de salir de aquel

apuro aisladamente. Juan Valjean continuó avanzando, sin dejar de sostener aquel moribundo, que tal vez era un cadáver.

El agua le llegaba á los sobacos; ya se sentía zozobrar; apenas podía moverse en la profundidad de cieno en que se hallaba. La densidad, que era su sosten, era tambien para él un obstáculo. Sin cesar levantaba por alto á Marius, y, con un empleo de fuerza inaudita, avanzaba siempre, pero siempre se hundia. Ya no tenía más que la cabeza fuera del agua, y sus dos brazos elevando á Marius. En las antiguas pinturas del diluvio, hay una madre que hace lo mismo con su hijo.

Todavía volvió á sumergirse más, é inclinó la cara hácia atras para libertarse del agua y poder respirar; quien le hubiera visto en aquella oscuridad habria creido ver una careta flotando en la sombra; vagamente distinguía él encima la cabeza colgando y el rostro lívido de Marius; hizo al fin un esfuerzo desesperado y lanzó el pié hácia delante: el pié fué á encontrar un objeto sólido: un punto de apoyo. Ya era tiempo.

Se enderezó, se estiró y se arraigó con una especie de furia en aquel punto de apoyo, el cual le pareció ser el primer peldaño de una escalera que le hacia subir de nuevo á la vida.

Aquel punto de apoyo, hallado en el fango en el momento supremo, era el principio de la otra vertiente del zampeado, que se habia inclinado sin romperse, precipitándose bajo el agua como una tabla y en una sola pieza. Los embaldosados bien contruidos ofrecen de ordinario ejemplos de esta sólida consistencia. Aquel fragmento de zampeado, sumergido en parte, pero firme, era una verdadera rampa, y una vez apoyado en aquella rampa, ya estaba salvado. Juan Valjean ascendió aquel plano inclinado y llegó al lado opuesto de la hondonada.

Al salir del agua, fué á chocar contra una piedra y cayó sobre sus rodillas. Halló que esta actitud era justa y como providencial, y permaneció así algun tiempo, con el alma abismada en no sé qué palabras dirigidas á Dios.

Levantóse tembloroso, helado, infecto, encorvado bajo la carga de aquel moribundo á quien él conducia en peso, chorreando cieno por todas partes, pero con el alma inundada de una extraña claridad

VII

Á VECES VARA EL BUQUE DONDE CREIA DESEMBARCAR

Volvió, pues, á proseguir de nuevo su camino.

Por lo demas, si no habia él dejado la vida en el fón-tis, parecia á lo ménos haber dejado allí la fuerza. Este supremo esfuerzo le habia rendido enteramente. Su cansancio era ahora tal, que á cada tres ó cuatro pasos que daba se veia obligado á tomar alientos, y á apoyarse contra la pared. Una vez tuvo que sentarse sobre la banqueta para cambiar la posicion de Marius, y creyó que de allí no pasaria. Pero si su vigor estaba muerto, su energía no lo estaba; y volvió á levantarse.

Púsose á andar desesperadamente, casi de prisa, y de esta manera dió unos cien pasos sin levantar la cabeza, casi sin respirar, y de repente tropezó contra la pared. Habia llegado á un recodo de la alcantarilla, y al pasar, con la cabeza baja, por la esquina, como no se volvió,

fró á tropezar con la pared de frente. Alzó los ojos, y en la extremidad del subterráneo, frente de él, allá léjos, muy léjos, distinguió una luz. Esta vez, no era ya la luz terrible; era la luz blanca y buena. Era la luz del dia.

Juan Valjean veia por fin la salida.

Un alma condenada que, de en medio de la hornaza, viese de repente la salida de la gehenna, experimentaria sin duda lo que en este momento experimentó Juan Valjean, y volaria presurosa con el muñon de sus alas quemadas hácia la puerta radiante. Juan Valjean no sintió ya la fatiga, no sintió más el peso de Marius, volvió á encontrar sus piernas de acero, y más bien que andar, corrió desde este momento. Á medida que se iba acercando, la salida se dibujaba cada vez más distintamente. Era un arco cimbrado, ménos alto que la bóveda, la cual iba descendiendo por grados, y ménos ancho que la galería, que se estrechaba al mismo tiempo que la bóveda bajaba. El túnel concluia, en interior de embudo; viciosa estrechez, imitada de los postigos de las prisiones; lógica en una cárcel ó presidio, pero ilógica en una alcantarilla, y que ha sido corregida despues.

Juan Valjean llegó á la salida.

Allí se detuvo.

Era, en efecto, la salida, pero no se podia salir.

El arco estaba cerrado con una fuerte verja, y esta verja que, segun todas las apariencias, giraba rara vez sobre sus goznes oxidados, se hallaba sujeta á sus jambas de piedra por medio de una cerradura gruesa y pesada que, enrojecida de herrumbre, se asemejaba á un enorme ladrillo. Veíase el agujero de la llave, y el robusto pestillo profundamente introducido en la armella de hierro. Evidentemente aquella puerta se hallaba cerrada con dos vueltas de llave. Era una de esas cerraduras de bastillas que el antiguo París prodigaba de buen grado

Más allá de la verja, el aire libre y puro, el río, la luz del día, el ribazo muy estrecho, es verdad, pero suficiente para marcharse por él. Los muelles lejanos, París, este abismo, este gran remolino donde es tan fácil ocultarse, el ancho horizonte, la libertad. Distinguiase á la derecha, hácia abajo, el puente de Iéna, y á la izquierda, hácia arriba, el puente de los Inválidos; el sitio habria sido excelente para esperar la noche y evadirse. Aquel era uno de los puntos más solitarios de París; el ribazo que hace frente al Gros-Caillou. Las moscas entraban y salían por entre los barrotes de la verja.

Serian como las ocho y média de la tarde. El día iba ya bajando mucho.

Juan Valjean depositó á Marius á lo largo de la pared, en la parte seca del zampeado, y en seguida se dirigió á la verja y asió los barrotes con ambas manos; la sacudida que dió á la verja fué frenética, pero la conmoción fué nula. La verja no se movió. Juan Valjean cogió los barrotes, uno en pos de otro, esperando poder arrancar el ménos sólido y hacerse de él una palanca para levantar la puerta ó para romper la cerradura. Ningun barrote se movió. Los dientes de un tigre no son más sólidos en sus alvéolos. Nada de palanca; nada de contrapeso posible que oponer á la verja. El obstáculo era invencible. No habia medio alguno de abrir la puerta.

¿Era pues necesario concluir allí? ¿Qué hacer en tal situacion? ¿qué vendria á ser de él y de su interesante carga? ¿retrocederia? ¿recomenzaria el pavoroso trayecto que habia recorrido ya? No le quedaban fuerzas para hacerlo. Y ademas, ¿cómo atravesar de nuevo aquel hundimiento del cual no habia salido vivo sino milagrosamente? ¿Y despues de la hondonada peligrosa, no habia también aquella ronda de policia de la cual no escaparia seguramente dos veces? Y, por otra parte,

¿adónde ir? ¿qué direccion tomar? seguir la pendiente, no era ir al objeto. Aún cuando llegase á otra salida, la hallaria obstruida como esta por un tapon ó por una verja. Todas las salidas estaban indudablemente cerradas de esta manera. La casualidad habia arrancado la verja por la cual entró él, pero era evidente que todas las otras bocas de alcantarilla se hallaban cerradas. No se habia conseguido otra cosa que evadirse en una prision.

Era pues asunto concluido. Todo cuanto habia hecho Juan Valjean era inútil. El desfallecimiento sólo le daba por resultado un aborto completo.

Uno y otro se hallaban cogidos en la sombría é inmensa tela de la muerte, y Juan Valjean sentia correr sobre aquellos hilos negros estremeciéndose en las tinieblas, la espantosa araña

Volvió la espalda á la verja, y cayó sobre las losas, abatido más bien que sentado, junto á Marius siempre sin movimiento, y su cabeza se postró entre sus rodillas. No habia salida. Era la última gota de la angustia.

¿En quién pensaba él en medio de este profundo abatimiento? Ni en sí mismo, ni en Marius. Pensaba en Coseta.



VIII

FAILDA DEL FRAC RASGADA

En medio de este anonadamiento, sintió que le pusieron una mano sobre el hombro, y oyó una voz que hablando bajo le dijo :

— Hagamos dos partes.

¿ Alguien en aquella sombra ? Nada se asemeja tanto al sueño como la desesperacion. Juan Valjean creyó que estaba soñando. No habia oido pasos. ¿ Era posible ? levantó los ojos.

Un hombre se hallaba delante de él.

Aquel hombre estaba vestido de una blusa ; llevaba los pies descalzos, y los zapatos en la mano izquierda ; sin duda se los habia quitado para poder llegar hasta Juan Valjean, sin que le oyeran andar.

Juan Valjean no tuvo un momento de vacilacion. Por

más imprevisto que fuese tal encuentro, aquel hombre le era conocido. Aquel hombre era Thénardier.

Aunque despertado, por decirlo así, de sobresalto, Juan Valjean, avezado á las alarmas y aguerrido en los golpes inesperados y que es preciso parar con presteza, recobró la posesion de toda su presencia de ánimo inmediatamente. Por otra parte, la situacion no podia empeorar ya ; hay cierto grado de angustia y desamparo que no admite crescendo, y ni el mismo Thénardier podia ya añadir negrura á aquella noche.

Thénardier, levantando su mano derecha hasta la altura de su frente, hizose con ella una pantalla, en seguida acercó las cejas guiñando los ojos, lo que, con ligero fruncimiento de la boca, caracteriza la atencion sagaz de un hombre que procura reconocer á otro. No lo consiguió.

Juan Valjean, como acabamos de decirlo, volvía la espalda á la luz, y estaba ademas tan desfigurado, tan cubierto de cieno y de sangre, que aún en mitad del dia habria sido imposible reconocerle. Al contrario, alumbrado de frente por la luz de la verja, claridad de cueva, es verdad, livida, pero precisa en su lividez, Thénardier, como se expresa la enérgica metáfora vulgar, saltó en seguida á los ojos de Juan Valjean. Esta desigualdad de condiciones bastaba para asegurar alguna ventaja á Juan Valjean en aquel duelo misterioso que iba á empeñarse entre las dos situaciones y los dos hombres. El choque tenía efecto entre Juan Valjean encubierto y Thénardier desenmascarado.

Juan Valjean se apercibió al instante de que Thénardier no le habia conocido.

Durante un momento se consideraron los dos en aquella penumbra, como si se midieran el uno al otro. Thénardier rompió al fin el silencio y dijo :

— ¿ Y cómo vas á arreglarte para salir ?

Juan Valjean no contestó.